

HOMENAJE DE GUATEMALA A LA REPUBLICA ESPAÑOLA

Discurso pronunciado por el Exmo. Sr. D. Enrique Muñoz Meany,
Ex-Ministro de Relaciones Exteriores de Guatemala,
el 14 de Abril de 1950

EN Guatemala tuvo lugar un entusiasta homenaje a la República Española. En ese acto el Excelentísimo Señor Don Enrique Muñoz Meany, ex Ministro de Relaciones Exteriores, pronunció el siguiente discurso :

Amigos y compañeros :

Honramos hoy el recuerdo glorioso de la República Española, forjada hace diez y nueve años por las manos próceres de un gran pueblo. Con emoción y profundo respeto expreso mi saludo y mi fervor a ese heroico pueblo huérfano y a esa ejemplar república desterrada. No vengo a hacer literatura, porque no es hora de hacerla. Quizás nada nuevo os diré, porque nada ha cambiado : siguen frente a frente, un año más, en dramática antinomia, la España auténtica, la de las esencias eternas y la anti-España sombría del fascismo. Nada nuevo os diré porque todo se ha dicho y la verdad y la mentira le han dado muchas vueltas a la tierra y son de todos conocidas. Pero a nuestro juicio importa repetir mil veces los hechos que la reacción internacional está procurando que el hombre olvide. Nuestro deber es mantener vivo, actual, el recuerdo de la República Española y del crimen que se cometió con ella.

Hace diez y nueve años nació, en España una República que cristalizó en hermosas, pero efímeras realidades, lo que fué sueño y anhelo del pueblo español. Sus ideólogos más egregios, sus políticos más honestos la edificaron inspirados en las más avanzadas corrientes del pensamiento jurídico-político. Una Constitución impecable, unas Cortes representativas de la voluntad ciudadana, un Gobierno de amplísima liberalidad y tolerancia garantizando el libre ejercicio de todos los derechos, eran, por lo pronto, la segunda República. España nació a la vida democrática bajo mejores auspicios, con el respaldo popular más vivo y entusiasta, con el aparente respeto internacional. Aquella admirable República que significó un nuevo renacimiento español, no tuvo sino una falla, una falla derivada de sus propias virtudes, pero determinante de toda su tragedia : fué una república romántica, una utopía platónica que por su extrema juridicidad permitió a la traición que afilara sus puñales. A ciencia y paciencia de aquel gobierno de intelectuales generosos, las viejas oligarquías feudales, el latifundio intacto, la reacción clerical y castrense, fueron tomando posiciones claves, alentados por el fascismo europeo. En los cuadros burocráticos, en el tricordio del guardia civil, en la casaca del diplomático, se enrollaban los anillos de la sierpe. Sucedió lo inevitable porque el gobierno republicano, por su magnanimidad y humanitarismo, no quiso comprender las etapas obligadas de un proceso revolucionario y dejó a la reacción todas sus posibilidades conspirativas, toda su capacidad agresiva. Así se desvaneció como un bello sueño, una República ejemplar, cuando los militares facciosos, las hordas mahometanas y los escuadrones italo-germanos, encontraron a un gobierno académico sólo con un pueblo heroico, pero indefenso. La humanidad entera conoce la gesta del pueblo español luchando por su libertad. Las epopeyas antiguas no tienen nada comparable a este desigual combate de tres años entre la lealtad inerme y la traición armada entre los puños y los tanques, entre las piedras y los aviones. Así pasó España de un sueño idílico a una pesadilla dantesca que costó un millón de víctimas y el naufragio de una República que fué espejo de democracias. ; Tremenda lección para nosotros, para las pocas democracias que van quedando en nuestra América !

Y luego, Franco. El castellano, con ser tan rico, no tiene el adjetivo capaz de calificarle en toda ignominia. La negra España, más sombría que la de Felipe II,

se instala sobre los escombros de las ciudades bombardeadas, sobre rics de sangre, sobre montañas de cadáveres. Toda la sombra del mundo, como una interminable noche polar, se acumuló en la península. Once años de matanza fría, de muerte sin fin, de ferocidad organizada, de ley de fugas, de campos de concentración, de miseria popular y de infulas imperiales. Once años en que el régimen ha cumplido cabalmente aquel grito zoológico de « muera la inteligencia » que tan bien lo define y que es tan simbólico del franquismo como el bárbaro fusilamiento de García Lorca.

Hay una consigna de silencio para que el mundo no sepa toda la terrible verdad de España, para que el mundo olvide los crímenes del fascismo en España. Se pone sordina al grito de dolor de los torturados. Quieren que olvidemos la destrucción de Guernica, los pavorosos ensayos de la aviación prusiana sobre carne española, que olvidemos las quintas columnas de la Falange en América Hispana ; que olvidemos a la Legión Azul que fué a hacer el ridículo en las estepas donde se ganó la guerra. La prensa monopolista y confesional, llamada « independiente », no publica ni en campo pagado una conmemoración de la República Española. Desde Roma se pide a gobiernos como el de Arévalo, que tiene las manos blancas, clemencia para sus adversarios, y no sabemos que le hayan hecho esta piadosa petición a Franco que todos los días tiene las manos ensangrentadas. Y todo obedece a dos grandes errores de la política occidental : el primero es considerar que la liberación de España traería, como consecuencia obligada, la comunización de la península ibérica ; el segundo consiste en estimar a España sólo como un inmenso porta-aviones en la guerra que se está preparando. Los dos errores son terriblemente falsos. El primero, porque el movimiento antifascista español alinea a toda la gama de las ideologías y colores políticos, y porque la República Española, con su liberalismo académico, con su tímido socialismo, produjo infinitamente menos comunistas que los que está produciendo Franco con la miseria y el terror como métodos de gobierno, en un país donde apenas la sexta parte del campesinado tiene alguna seguridad de comer todos los días. Lo segundo, porque España no es sólo una base estratégica para los portadores de las bombas de hidrógeno. Es mucho más que eso. Es un heroico pueblo de 25 millones de habitantes que tiene grandeza histórica, un enorme acervo cultural y una clara conciencia de su destino. Es también, la madre patria de nuestra América que sigue con ansiedad sus vicisitudes y prende un fulgor de esperanza en el porvenir.

Nosotros creemos que los señores del dólar están haciendo un mal negocio en el caso de España. La ayuda a Franco es aún más absurda que la asistencia a Chiang Kai Shek y a sus mandarines. Allá se trataba de un pueblo milenariamente oprimido, adormecido por el opio ancestral, por los opios de oriente y por los opios de occidente. Acá se trata de un pueblo indomeñable, muy despierto, en su permanente vigilia, que sabe lo que quiere, que ha conocido días de libertad y de gloria, que tiene perfecta conciencia de su tragedia y voluntad de acero para la empresa de su redención. En China, una inmensa cólera amarilla que viene desde el fondo de la historia, ya es viento huracanado abatiendo torres de laca y de marfil, y embravecido mar de ojos oblicuos y puños vengadores que aniquila los últimos reductos del fascismo. Si esto ocurre en la remota comarca de cándidos arrozales, no está remoto el día en que veamos a Franco — cínico bailarín de la cuerda floja — saltar de una isla a otra isla, o cruzar en sentido inverso el Estrecho de Gibraltar, con los residuos de su circo de moros e inquisidores, de gestapos y falange, si es que le queda tiempo, cuando el pueblo español haya agotado su capacidad de paciencia y de sufrimiento.

Por eso insistimos en que se está cometiendo con España, aunque por muy distintos motivos, parecido error al del Comité de no intervención que en 1936 impedía toda ayuda a la República Española, al pueblo y al gobierno legítimo de España, y cerraba los ojos ante el pavoroso armamento que el nazi-fascismo germano-italiano ponía en manos del traidor. Pero a pesar de las contradicciones internacionales que tanto dañan a su prestigio, los anglo-americanos acaban de dar una evidente prueba de sentido común y de consecuencia histórica : hace dos días, el Senado de Estados Unidos, en un momento de serena lucidez, se negó a aprobar el programa de marshalización de la España franquista, a pesar de todos los torpes ardidés del Caudillo del Anti-Comunismo que fingía estar ya en tratos con el Soviet, con el sólo fin de apresurar la ayuda americana. Ignoro si esta plausible actitud del Senado de Estados Unidos obedezca a la evidencia de un mal negocio económico-político o a naturales escrúpulos de conciencia, ante la indignación que esta ayuda al socio de Hitler y de Mussolini levantaría en todos los rincones del mundo.

Además de la España que gime en el cautiverio, que lucha en la clandestinidad, que muere en los campos de concentración, que deja su sangre en la hazaña cotidiana, innumerable y anónima de las guerrillas, hay otra que recorre los caminos del mundo, come el amargo pan del destierro y dice a los hombres un mensaje en que se alternan la desesperación y la esperanza. Poco saben los americanos de esta España peregrina, de este « español del éxodo y del llanto », como le llamara León Felipe. Son varios cientos de miles de hombres y mujeres

que escaparon del infierno de Franco y que representan las profundas virtudes hispanas : la lealtad a una causa justa y el orgullo e intransigente decoro del hombre honrado. Muchos millares de ellos estaban en Francia cuando la invasión nazi. La Gestapo les perseguía y Petain y Laval les entregaban a Franco. El movimiento francés de liberación les utilizó desde sus albores. Engrosaron y cubrieron de gloria las filas de los maquis. Liberaron aldeas, regiones, ciudades. Todo el mediodía de Francia conoce sus hechos de armas. A París entraron en los primeros tanques de Leclerc. El fascismo se desmoronaba en el mundo. La humanidad creía que el triunfo de las democracias significaría el triunfo definitivo de la democracia. Dentro de la lógica, no cabía pensar que regimenes como el de Franco pudiesen subsistir después del derrumbamiento de Hitler y Mussolini. ; Como si la política tuviese lógica ! A España huían los Quislings más abyectos. Allí estaban Degrelle y Laval y cientos de traidores y millares de delincuentes de guerra. En la península era tal el pánico que los verdugos coqueteaban con sus víctimas, los carceleros se volvían súbitamente amables con sus presos, los falangistas escondían sus insignias. Entonces aquellos valientes españoles refugiados, con buen armamento democrático en las manos, pensaban que había sonado la hora de la liberación y quisieron cruzar los Pirineos para acabar con el martirio en España. Pero los dirigentes de la acción aliada les dijeron que eso sería más tarde, que para ellos la ruta más corta para llegar a España pasaba por Berlín. Y los nietos de Ruy Diaz y de don Quijote lo creyeron de buena fe. Y de las Bocas del Ródano hasta el Rin, de Dunquerque a Estrasburgo, generosa sangre española derramada por la causa de la democracia fué marcando la victoriosa trayectoria de los ejércitos aliados.

Pero cuando llegó la hora de hacer efectivas las promesas, cuando los restos de la orgullosa Wehrmacht, batida en Stalingrado, se rendía sin condiciones, los españoles preguntaron qué sería del último socio del Eje totalitario, del más tartufo, del más vil, que mantenía a su patria esclavizada con cadenas importadas de Alemania. Cuando llegó la hora de los juicios de Nuremberg, los españoles del éxodo y del llanto, preguntaron por qué sin razón no estaba Franco en el banquillo con los otros criminales de guerra. La respuesta fué desconcertante. Era preciso olvidar sus resentimientos contra el verdugo de España y era menester sostenerle porque había cambiado de librea y podía ser útil a sus nuevos amos. Había razones estratégicas y tácticas para mantener un statu-quo en la península. Se preparaba ya la guerra fría, se inventaba el peligro ruso y otros cuentos, interesaba que subieran las acciones en las fábricas de armamentos. Por eso a Franco y a su régimen se le condena periódicamente en asambleas internacionales, se le desprecia, pero se organizan inconfesables puntales para sostenerlo, porque aquel incondicional aliado del totalitarismo ha prometido servir a las democracias. « Olvidad españoles, vuestras querellas. Volved a España sin resentimientos, que ya Franco ha hecho propósitos de enmienda » ; Como si pudieran olvidarse las montañas de muertos que Franco asesinó, y los hogares entulados, y los cuatro horizontes sembrados de cruces, y las generaciones mutiladas, y toda la ancha tierra española convertida en un inmenso campo de concentración !

Pero el español tiene buena memoria y nada puede olvidar de su tragedia pasada ni de su tragedia actual. Algo ha aprendido de esta ruda lección que nada puede esperar de compromisos internacionales, ni de las declaraciones demagógicas de los grandes políticos, ni del complicado ajedrez de las grandes potencias. Ahora sabe que su destino le incumbe a él solo y que la liberación de la patria es empresa exclusivamente suya. Por eso el español sigue su éxodo y su llanto por todos los caminos de la tierra. Lleva su dolor y su coraje y planta su tienda de nómada donde se le permite que espere la hora de las supremas reivindicaciones. A nuestra América han llegado muchos de ellos. Son intelectuales, obreros del taller o del campo, pescadores, mineros. Varios países abrieron sus puertas a esta valiosa corriente emigratoria que nos trae sus experiencias, su voluntad de lucha, su gran capacidad de trabajo. Ya no son los encomenderos del siglo XVI que venían a llenar sus galeones con el oro de indias. Son hermanos de nuestra sangre y de nuestra raza, que hablan nuestra lengua y nos comprenden, y sólo piden que les comprendamos, que les brindemos un refugio de paz y de trabajo, mientras dure la noche de su patria. Guatemala ha rescatado buen número de estas vidas inestimables. No todas las que debiera y que aún está en capacidad de salvar. Recuerdo que desde la Cancillería, en varias ocasiones supimos del riesgo inminente que corrían algunos de estos refugiados a punto de ser entregados a los esbirros de Franco por gobiernos que prefirieron no mencionar. Llamamientos de angustia, dramáticos S.O.S. vibraban en los cables. Diplomáticos y cónsules de Guatemala recibieron instrucciones inmediatas y visaron sus pasaportes para librarlos del cautiverio o de la muerte. Cumplimos sólo un imperativo ineludible, porque sería una triste inconsecuencia o una vergonzosa claudicación haber definido una clara línea de conducta frente al caso de España y cerrar con cerrojo nuestras puertas al español democrata acosado como lobo por todos los perros de presa.

Estos refugiados que constituyen la inmigración más valiosa y más deseable que nos llega de Europa, conviven con nosotros y con sus compatriotas ya domi-

ciliados en este país. Buen número de estos antiguos residentes españoles supieron mantener a lo largo de diez y nueve años el fuego sagrado de una devoción inquebrantable por la causa de la democracia de España. Lo mantuvieron a pesar de las intimidaciones de la Falange, de la antipatía de la reacción local y de la peligrosa antipatía de la dictadura ubiquista. Unos y otros han organizado el Centro Republicano Español que es, que debe ser siempre, un hogar de fraternidad para todos los españoles que quieren la libertad de su patria. Si algún acento de convicción pudiera tener mi palabra, yo les exhorto para que, haciendo a un lado vacilaciones sin sentido o discrepancias propias de su individualismo, concurren todos a fortalecer ese Centro Republicano, tan necesario a su causa y que tan justo prestigio tiene entre los guatemaltecos conscientes. De una cosa pueden estar seguros quienes se han definido con autenticidad y decencia: de la simpatía y del apoyo de las fuerzas democráticas y del repudio de la reacción. Y si las fuerzas del pasado llegaran a instalarse en el poder — hipótesis cada vez más remota — de nada habría de servirle a los íntimos, a los vacilantes, ningún gesto de neutralidad o de conciliación con lo inconciliable.

Para nosotros el problema español sigue sin variante alguna desde la categórica declaración antifranquista que las Naciones Unidas en 1945 pronunciaron en San Francisco. Nada ha variado dentro de España que ameritara la más mínima rectificación a esa condena que la democracia hizo del fascismo. No hay sofismas ni sutilezas capaces de convencer a nadie sobre conveniencias o intereses en modificar esta política. No hay argumentación capaz de hacer que los hombres honrados veamos blanco lo que es negro, lo que ha sido y sigue siendo definitivamente negro.

La posición de Guatemala ha sido de una nitidez absoluta. El 22 de Enero de 1945 — antes de las conferencias de Chapultepec y de San Francisco — que acababa de salvarnos del oprobio de una dictadura, rompió relaciones diplomáticas con el gobierno totalitario de Franco. Esta actitud fué tomada sin preguntar su parecer a ningún Estado, sin averiguar si sería o no grata a la reacción local e internacional. Sólo se oyó el clamor de nuestro pueblo representado por el Congreso de la República y por las fuerzas democráticas organizadas que unánimes lo pidieron. Luego vino el reconocimiento al Gobierno Republicano español reorganizado en el exilio y que personifica la legalidad ultrajada de España. A través de cinco años, Guatemala ha sido consecuente con esa postura internacional, de decencia política y de autenticidad democrática. En todas las conferencias continentales y mundiales, las delegaciones de nuestro país han mantenido su palabra y su voto contra las tentativas de irrupción de la anti España en los organismos internacionales. El Congreso de la República, ratificando su honrada actitud, ha pedido a la Cancillería que moción ante la O.N.U. sobre el efectivo cumplimiento de los acuerdos de San Francisco. Y esta postura insobornable que prestigia a la revolución guatemalteca y al gobierno del Dr. Arévalo, no podrá cambiar en el futuro mientras haya democracia en Guatemala.